

# Recoleta

## FERVOR DE JORGE LUIS

### LAS CALLES

Las calles de Buenos Aires  
ya son mi entraña.  
No las ávidas calles,  
incómodas de turba y de ajetreo,  
sino las calles desganadas del barrio,  
casi invisibles de habituales,  
enternecidas de penumbra y de ocaso  
y aquellas más afuera  
ajenas de árboles piadosos  
donde austeras casitas apenas se aventuran,  
abrumadas por inmortales distancias,  
a perderse en la honda visión  
de cielo y de llanura.  
Son para el solitario una promesa  
porque millares de almas singulares las pueblan,  
únicas ante Dios y en el tiempo  
y sin duda preciosas.  
Hacia el Oeste, el Norte y el Sur  
se han desplegado –y son también la patria– las calles;  
ojalá en los versos que trazo  
estén esas banderas.

### LA RECOLETA

Convencidos de caducidad  
por tantas nobles certidumbres del polvo,  
nos demoramos y bajamos la voz  
entre las lentas filas de panteones,  
cuya retórica de sombra y de mármol  
promete o prefigura la deseable  
dignidad de haber muerto.  
Bellos son los sepulcros,  
el desnudo latín y las trabadas fechas fatales,  
la conjunción del mármol y de la flor  
y las plazuelas con frescura de patio  
y los muchos ayeres de la historia  
hoy detenida y única.  
Equivocamos esa paz con la muerte  
y creemos anhelar nuestro fin  
y anhelamos el sueño y la indiferencia.  
Vibrante en las espadas y en la pasión  
y dormida en la hiedra,  
sólo la vida existe.  
El espacio y el tiempo son formas tuyas,  
son instrumentos mágicos del alma,  
y cuando ésta se apague,  
se apagarán con ella el espacio, el tiempo y la muerte,  
como al cesar la luz  
caduca el simulacro de los espejos  
que ya la tarde fue apagando.  
Sombra benigna de los árboles,  
viento con pájaros que sobre las ramas ondea,  
alma que se dispersa en otras almas,  
fuera un milagro que alguna vez dejaran de ser,  
milagro incomprensible,  
aunque su imaginaria repetición  
infame con horror nuestros días.  
Estas cosas pensé en la Recoleta,  
en el lugar de mi ceniza.

# ra s

## BORGES POR BUENOS AIRES

### CALLE DESCONOCIDA

Penumbra de la paloma  
llamaron los hebreos a la iniciación de la tarde  
cuando la sombra no entorpece los pasos  
y la venida de la noche se advierte  
como una música esperada y antigua,  
como un grato declive.  
En esa hora en que la luz  
tiene una finura de arena,  
di con una calle ignorada,  
abierta en noble anchura de terraza,  
cuyas cornisas y paredes mostraban  
colores blandos como el mismo cielo  
que conmovía en el fondo.  
Todos —la medianía de las casas,  
las modestas balaustradas y llamadores,  
tal vez una esperanza de niña en los balcones—  
entró en mi vano corazón  
con limpidez de lágrima.  
Quizá esa hora de la tarde de plata  
diera su ternura a la calle,  
haciéndola tan real como un verso  
olvidado y recuperado.  
Sólo después reflexioné  
que aquella calle de la tarde era ajena,  
que toda casa es un candelabro  
donde las vidas de los hombres arden  
como velas aisladas,  
que todo inmediato paso nuestro  
camina sobre Gólgotas.

### UN PATIO

Con la tarde  
se cansaron los dos o tres colores del patio.  
Esta noche, la luna, el claro círculo,  
no domina su espacio.  
Patio, cielo encauzado.  
El patio es el declive  
por el cual se derrama el cielo en la casa.  
Serena,  
la eternidad espera en la encrucijada de estrellas.  
Grato es vivir en la amistad oscura  
de un zaguán, de una parra y de un aljibe.